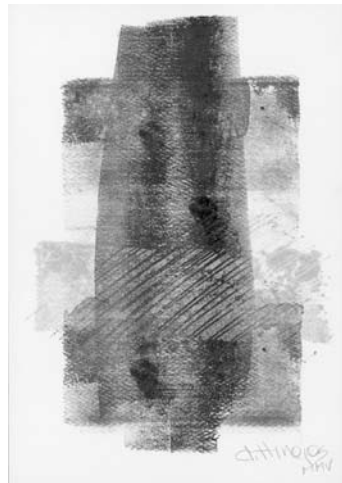


# Juan Rulfo, extraño en tierra extraña

Armando Adame

UNOS DÍAS ANTES DE SER INVITADO a participar en este acto encontré en la librería *Un extraño en la tierra. Biografía no autorizada de Juan Rulfo*, escrita por Juan Ascencio y publicada por Debate. Cuando el autor de este libro se refiere al discutido asunto de la influencia de Faulkner en Rulfo, negándola afirma que el jalisciense no leyó al norteamericano antes de escribir *Pedro Páramo*, a pesar de poseer tempranamente *Mientras agonizo*, pues –afirma– cada biblioteca es un proyecto de lectura. Como mi proyecto de lectura alcanza proporciones centenarias, lo sobé con codicia pero lo devolví a su sitio. Esta ocasión me hizo comprarlo y leerlo con verdadero gusto, pues proporciona innumerables motivaciones para reflexionar sobre el proceso de creación literaria y nos retrata un Juan Rulfo bastante cercano a las versiones orales que he escuchado de este personaje de nuestra literatura.

Explora los orígenes familiares del autor que hoy evocamos, incursiona por el Jalisco en que nació y ubica históricamente ese nacimiento y el transcurrir de una vida que fue como la vida de tantos mexicanos de su época y fue también tan singular como muy pocas. La orfandad y la consiguiente experiencia temprana de la soledad, así como el rencor nunca superado hacia el asesino de su padre; la temprana experiencia de la lectura en bibliotecas que el azar de la guerra cristera puso a su alcance; la influencia contradictoria de sus dos ramas familiares; la vida, en la infancia y la adolescencia, en internados, tanto durante la enseñanza primaria, único ciclo cursado con reconocimiento oficial, como en el seminario y efímeramente en el Colegio Militar; su inestabilidad laboral,



desde la burocracia ejercida como una beca aérea bajo la tutoría de Jorge Ferretis y sobre todo de Efrén Hernández, hasta estabilizarse relativamente en el Instituto Nacional Indigenista.

Narra también Juan Ascencio la biografía literaria de su tocayo, desde la temprana relación jalisciense con Juan José Arreola y Antonio Alatorre; su llegada a México, su

prolongada presencia en el Centro Mexicano de Escritores, primero como becario y luego como instructor, y las consabidas filias y fobias que la vida nos va dando y cuyas consecuencias nos determinan en relación con los demás, hasta la etapa final de los reconocimientos nacionales e internacionales y las múltiples traducciones de su magra y sustanciosa obra.

Un aspecto que me llamó extraordinariamente la atención es la acentuada independencia con que Rulfo elegía sus lecturas, consecuentemente reflejada en sus influencias, acaso por ello difícilmente detectables para los críticos, tan detestables para el biografiado.

Acertadísimo me parece el título, pues extraños en la Tierra son todos los creadores tocados por la genialidad, y Rulfo lo es, quizá debido a la confluencia de circunstancias y experiencias vitales, pero también gracias a una acertada elección vocacional, pese a que ésta no se prolongó más allá de los cuentos de *El llano en llamas* y la cincuentenaria novela que hoy nos congrega.

Si los antecedentes familiares de sus progenitores son cuidadosamente rastreados, la familia propia también es objeto de descripción, desde el noviazgo con Clara, su esposa de

toda la vida, hasta su relación con las mujeres, quizá velada por la discreción de quien teme tocar temas sensibles para los sobrevivientes. Desde luego que el alcohol es nuestro compañero en buena parte del proceso creador, hasta que se convierte en factor declinante. Rulfo tímido, desamparado, hiperestésico, no puede ser la excepción y su relación con “el demonio de la botella” también merece un capítulo.

La investigación de Ascencio no sólo lo es, en gran medida está hecha con recuerdos de vivencias al lado del narrador, con entrevistas grabadas con un buen número de personas cercanas al biografiado, con trabajo en archivos documentales, con sentido crítico y, sobre todo, con un afecto muy bien usufructuado a favor de la historia de la literatura mexicana del siglo xx, y en el trazo de un excelente retrato de un hombre íntegro: débil y astuto, con miserias y grandezas, con pequeñas ambiciones, ingenuidades y certezas que permiten sobrevivir y con una calidad moral, inteligencia y sensibilidad que lo harían deseable como amigo.

Cuando releo *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* no dejan de admirarme sus profundas semejanzas y sus radicales diferencias, la lectura de *Un extraño en la tierra* me las hace comprensibles por su coherencia con la biografía del autor, pero la admiración no cesa. Los cuentos sobre el Llano Grande, con su paisaje y la indefensión moral de sus personajes, son el gran preámbulo y la construcción de la escenografía sobre la que se levantará el universo infernal y purgativo de la gran novela breve, en el que el paisaje es una extensión del ánimo, en el que lo único siempre amable es el firmamento nocturno. Y en el espacio inferior los hombres se debaten entre la vida, para sufrir o hacer sufrir, y la muerte en la que el sufrimiento continúa y se comparte, pues la esperanza cristiana fue débil, cuando no inútil ante la debacle de la fe, siempre en crisis con un ministro que sería santo si no fuera por el rencor que supera a la propia convicción.

El extraño proceso por el cual Juan Nepomuceno Pérez Vizcaíno devino en Juan Rulfo, el asesinato del padre y la consecuente depresión y muerte de la joven viuda, des preocupada de los hijos para entregarse al dolor. La lucha armada en el sur de Jalisco, sobre todo a partir de 1914 y, críticamente, el conflicto religioso, común denominador poco explícito de la narrativa rulfiana, me hizo leer al personaje llamado Pedro Páramo como una proyección de su autor, como un Mr. Hyde del burócrata más bien enclenque, tímido, de voz débil, que es evidente no cabe en el esquema viril de la región y la época en que nació y retrata en su obra.

El hombre que se desarrolla en ciudades grandes, estableciendo relaciones humanas sencillas, capaz de construir vínculos delicados con las mujeres, que convive con gente ilustrada y se abre paso con dificultad en la primera etapa de su vida, pues más bien tarde empieza a recoger los frutos de su obra; el hombre que ambiciona con ambigüedad el prestigio y los honores que legítimamente le corresponden, en realidad se siente frustrado por no ser el hombre poderoso y arbitrario que labra su posición a costa de los demás y a despecho de normas morales y jurídicas, incapaz de relacionarse profundamente con el sexo opuesto, y lo va creando con palabras hasta engrandecerlo en sus iniquidades a tal grado que su profunda mentalidad católica no tiene más remedio que condenarlo al desamor más infernal, pues quien viola y seduce termina casto frente a la única mujer que le inspira un afecto leal, mientras ella se revuelca en la delirante alucinación del marido muerto. Más que el ejercicio de la sensualidad, la erotomanía del cacique era un rasgo de poder y debe terminar desmoronándose, como ha desmoronado, por resentimiento, el pequeño imperio que levantó en el aislamiento de una comarca en que la relación con el exterior es casi nula.

Un rasgo común a todas las grandes obras narrativas es la atracción que ejercen los territorios creados en ellas: La Mancha; Troya e Ítaca; Comala y La Media Luna. Los lectores poco avisados, epidérmicos, se ponen turísticamente a buscar, en la geografía real, la geografía literaria que los autores levantaron sobre referentes tangibles. Conocer los sitios consagrados por el amor de los narradores no nos va a proporcionar una percepción o una comprensión mayor de los sitios en que el autor desarrolla los hechos que narra. La realidad tangible y cotidiana no es más o menos verdadera que la que el narrador levanta con palabras. Ambas se corresponden y terminan siendo facetas de una sola realidad histórica.

A cincuenta años de su aparición, *Pedro Páramo* sigue retando nuestra lectura; la obra toda de Juan Rulfo nos sigue admirando por la manera en que el habla campesina del occidente de México adquiere rango literario en la medida en que el escritor la somete con sus recursos estilísticos, sin traicionar su habla materna ni su condición de escritor. Se trata de una novela que reflexiona sobre el poder, no sólo sobre su ejercicio en la primera mitad del siglo pasado. Seguramente los poderosos de todas las épocas tienen más en común con el rústico Pedro Páramo de lo que quisieran reconocer. •

ARMANDO ADAME es profesor de lenguaje y promotor cultural, autor de dos libros de poesía; ha practicado también el periodismo cultural.